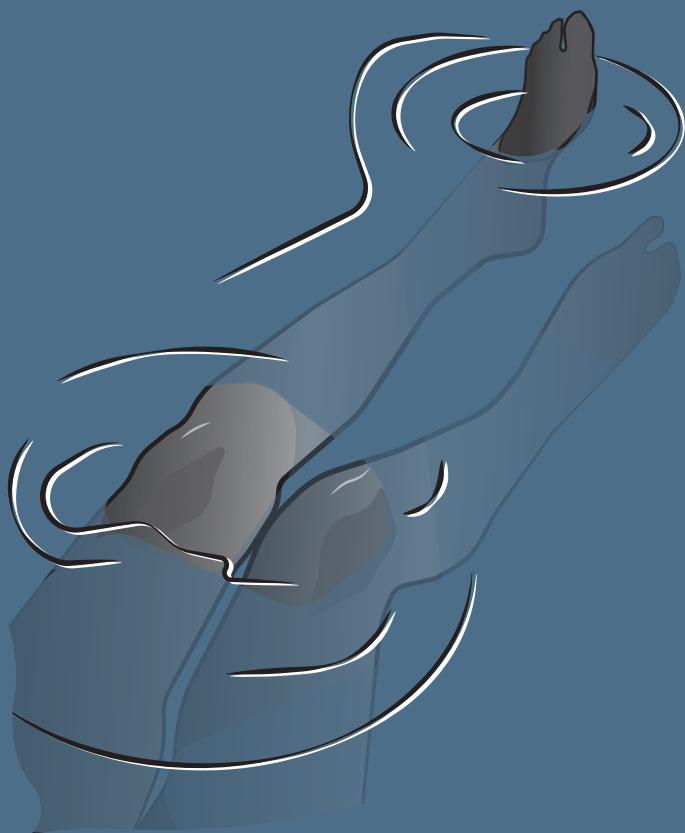


(EL) LAMENTO DEL SENA



Alicia Abascal Astobiza

ACLARACIONES

(El) lamento del Sena narra, en siete capítulos, la historia de Sen, que vive junto al río en París.

Está basada en la canción “Complainte de la Seine”, compuesta en 1934 por Kurt Weill y Maurice Magre.

Los siete capítulos están organizados siguiendo las siete estrofas de la canción, que cuenta lo que hay en el fondo del Sena.

Las ilustraciones que acompañan al texto pretenden, también, hacer un guiño a la canción y los autores. Refuerzan, con el declive del color, el humor de los poemas; y forman la bandera de Francia, país en el que se junta el dúo.

Los demás... mejor descúbrelo en el interior.

(EL) LAMENTO DEL SENA

Alicia Abascal Astobiza

Alicia Abascal Astobiza, 2020

Aliabasc@ucm.es

IG: ali_abasc

Ilustración: Alicia Abascal Astobiza

Identificador 2012276439758

Licencia Creative Commons Attribution-NonCommercial-NoDerivatives 4.0

A todas mis Sen.
A las hijas del río.

Y a las olvidadas.

ÍNDICE

Introducción.....	8
Uno.....	12
Dos.....	16
Tres.....	20
Cuatro.....	24
Cinco.....	28
Seis.....	32
Siete.....	36
Despedida.....	40

Introducción.

Introducción.

Sen no tiene nada.

Sen no tiene una edad,
no tiene un nombre,
ni un apellido
-más allá de aquellos
que le han sido prestados-.

Sen siempre tiene frío,
tiene ojos claros
y los huesos marcados.

Sen no tiene paredes,
tiene espuma a los lados.

Tiene un cielo de nubes
y no tiene tejado.

Sen tiene manos pequeñas
con dedos finos
que no necesita
para contar.

Tiene dedos pequeños
que le sobran
para enumerar sus deseos.
-Sen tiene sueños pequeños-,
y es la única que recuerda.

Sen no sabe nada,
lo sabe todo
y nunca
-nunca-
llegará al mar.

*Algún día, llegaremos al
mar por ti.*

*Y tus sueños dejarán de
ser -pequeños-.*



Uno.

En el fondo

[Desde la orilla, ve el fondo.

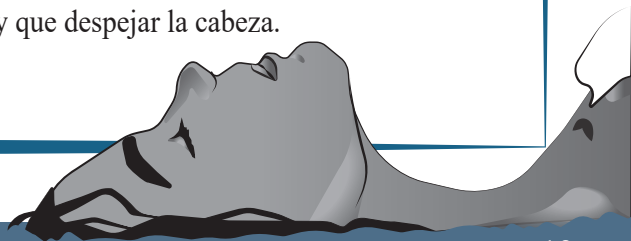
Desde la orilla, ve el cielo.

Pero a ella lo que le gusta
es flotar en el agua.]

El día que fue olvidada,
nadaba en un mar de desconcierto,
-en un río atrapado entre estructuras de metal-.
Nadaba en un mar de desconcierto
y el cielo no le había parecido tan azul
en el resto del verano.

Llevaba años tratando de dominar
el acto de flotar y nunca lo había conseguido.
Ni en el dulce del río,
ni en el agua salada en toda su inmensidad.

Quizá porque dicen que, para flotar,
hay que despejar la cabeza.



-Quizá porque no sabía
dejar la cabeza despejada-.

Pero, el día que fue olvidada, flotaba.

Y, si alargaba la mano y estiraba los dedos,
sentía que sería capaz de fundirse
con el azul del cielo.

Sen llevaba años intentando flotar,
-los pensamientos pesan demasiado-.

Sen llevaba años lanzando
los suyos al
agua,



-sus pensamientos flotan,
olvidados-.

Sen llevaba años luchando contracorriente,
huyendo de los sonidos fuertes,
durmiendo en un cráter
causado por los titanes que sobrevolaron el
cielo.

No creía en dioses,
-primero-.
Pero tuvo que girar la mirada hacia algún lado
cuando sus creencias le fallaron.

Creía en hombres, -primero-.
No cree en nada
desde que vio caer naciones.

Sen ya no cree en nada.
Y, ligera, Sen.
Y, Sen, por eso -por fin-
flotaba cuando fue olvidada.

Dos.

están las flores

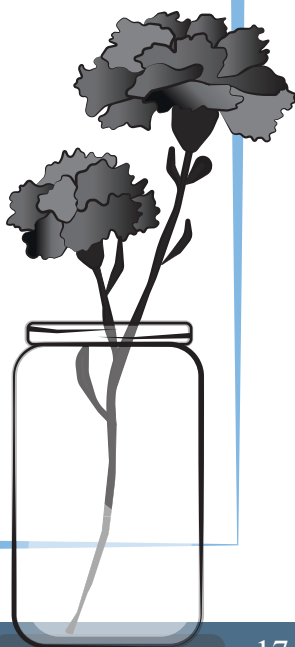
Sen lanzaba flores al agua
intentando que echaran raíz.

Sen llenaba de occisos París,
sin intención.

En el río no había luz,
pero -allí- se nutrían
de sus pensamientos.

Abrían los pétalos,
antes de
empezarse a
marchitar,
sin posibilidad alguna
de salvación.

Sen tendió un lecho de flores
en donde descansar.



Un lugar al que volver
cuando todo pareciera perdido,
cuando todo pareciera acabado,
cuando nada fuera igual
-ya nada era igual-.

Sen coleccionaba claveles secos
en botes de garbanzos
para no invertir en floreros.
Sen se paraba a oler todas las rosas,
y a llorar por todos los cuerpos.

Cuerpos en ventanas
de flores
sin vida.

Cuerpos en macetas,
arrancados de las orillas.

Sen lloraba por todas las vidas.
Y las lágrimas alimentaban el cauce,
desapercibidas.
Las lágrimas se diluían.

El río nació del llanto
de todas las madres
que perdieron un hijo.

Creció del llanto de
todas las niñas que comprobaron
que, en el río, las flores,
segúan siendo occisos.

Y Sen se unió al agua.



Tres.

*que pusieron a
los muertos.*

Sen, al fin, flotaba.

Acarició con tanta alegría la sensación
que no pudo evitar
gritar
al hundirse.

No pudo evitar gritar.

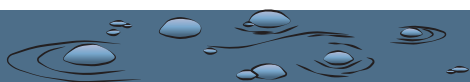
No pudo evitar hundirse.

Aunque tuviese vacío el estómago
aunque estuviese vacía
-de pensamientos-.

No estaba vacía por dentro.

Hay cosas que pesan más,
mucho más,
-como el tiempo-.

Hay cosas que pesan más,
y que arañan por dentro.



Que rompen,
que dejan sin aliento.

Sen, al gritar,
trataba de invocar
al viento.

Buscaba atrapar
el aire de la superficie.
aunque no llegara
el aire
-allí adentro-.

No había más que
lamentos.
Ya no quedaba nada.

Ni occisos,
ni rosas.



Ni amores,
ni luchas,
ni compromisos.

Quedaron los anillos,
los guijarros,
el veneno.

-La corriente se llevó el resto-.

Y Sen, al fin, flotaba.

No pudo evitar
gritar
al hundirse.

Pero, para entonces, ya era tarde.

-Nadie la escuchó hundirse-.



Cuatro.

*Pero también
los muertos,*

En el fondo no solo había
barro, cadáveres, lágrimas.

En el fondo no sólo había
lágrimas.

Lo descubrió cuando echó a andar.
Entre los pétalos,
ahogada por el hedor
de la ciudad.
Lo aprendió en sus expediciones,
al pasear arañada por algas.

En el fondo no solo había
barro, cadáveres,
lágrimas.

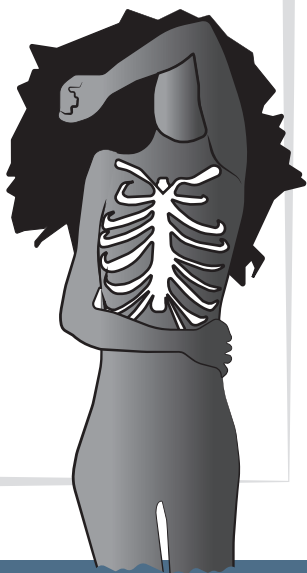
En el fondo no sólo había
lágrimas.

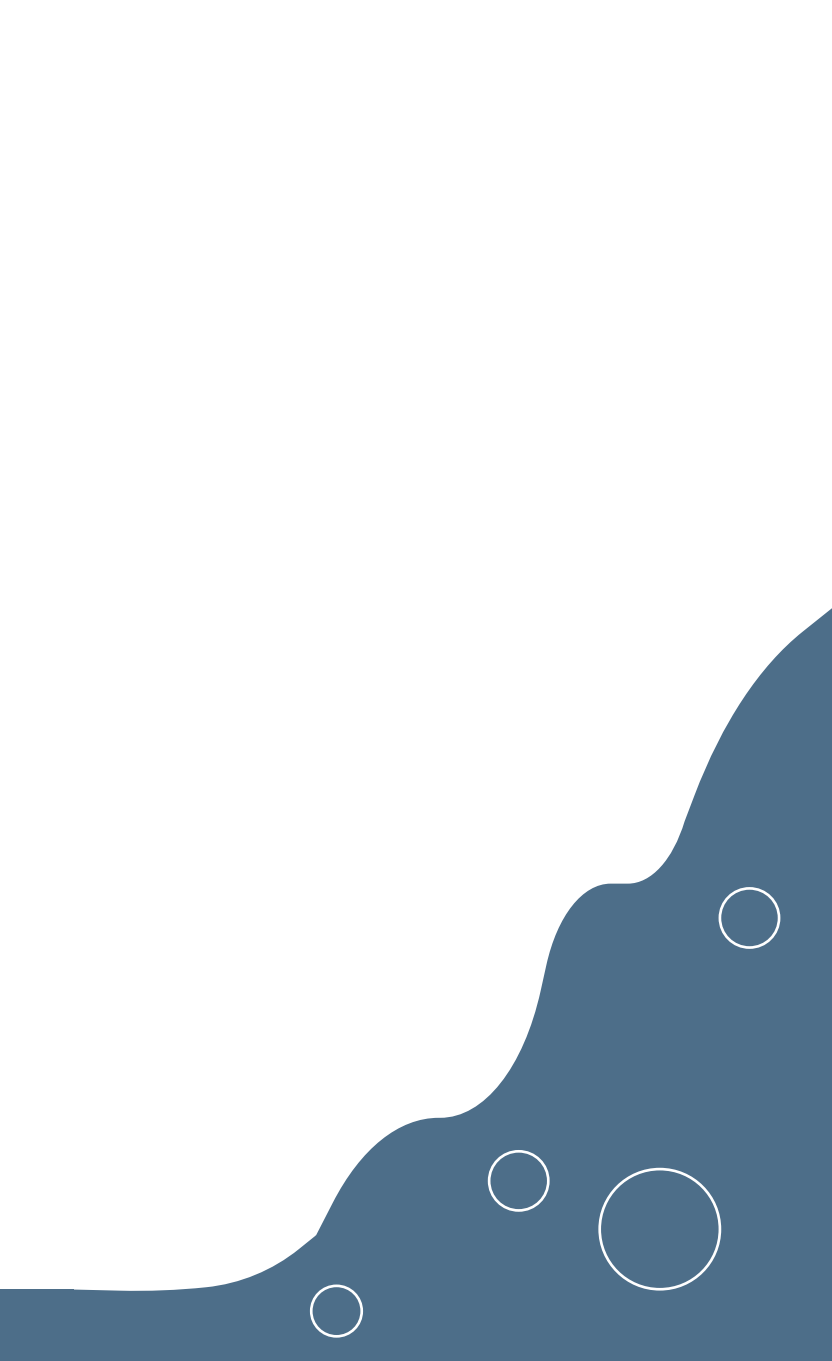


En el fondo también había
sangre, y músculos, y tripas,
y huesos.

En el fondo también había
huesos
que la sostenían.
En el fondo de su piel,
-en lo hondo-.

En el fondo,
ella también estaba
podrida por dentro.





Cinco.
los gritos,

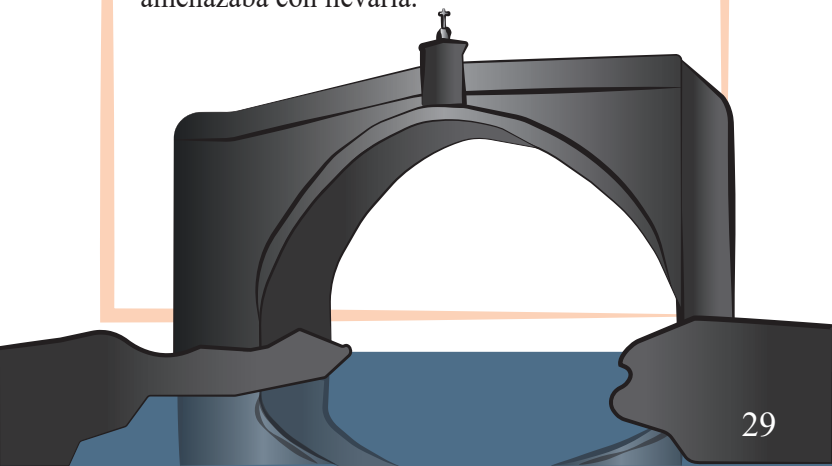
Sen se escondió bajo un puente
con los primeros rugidos.

Huyó a la orilla,
alejándose de los edificios.

Del bullicio de las alarmas,
que resonaban.

De las sombras que se alejaban
de las ventanas.

Sen creía que la piedra
la protegería de la tormenta.
aunque el viento
amenazaba con llevarla.



Entonces,
se apagaba el llanto de los niños.

Entonces,
se apagaba París.


Nadie tendió un brazo
cuando empezó el sonido.
Observó, desde su refugio,
como estallaron los primeros ladrillos.


Sen, entonces, no gritó;
aunque tuvo miedo.




Sen se estaba convirtiendo en sombra
y el olvido estaba a instantes
de suceder.

No gritaba cuando se cayó el cielo.
No gritaba cuando estalló el puente.

No gritaba cuando se unió al agua,
empujada por la fuerza del impacto.

No gritó cuando el hombre
desplegó las armas, 
destrozó familias,
descuartizó almas.

Sen ya no tenía voz.
Sen ya había gritado 
cuando fue desterrada.
Cuando estaba empezando a ser olvidada.

Sin refugio, 
con un techo de estrellas.  
Sin motivos para luchar,
con una guerra.

Sen fue acogida por el Sena. 

Seis.

las lápidas.

Llenaron las calles de velas.

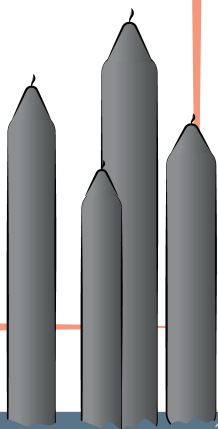
Velas por todos
los que se llevó la guerra.

Llenaron de velas las aceras,
los bordillos
y los alfeizares.

Y la cera llegó hasta el Sena.

En el Sena se perdían las almas,
se agitaba el agua,
y la arena del fondo
ascendía en torbellinos.

La arena enturbiaba
El agua del río.



Sen ya no lloraba,
ya flotaba,
ya se hundía.

Sen ya no gritaba,
ya desaparecía.

Ya llevaba días desaparecida
de la memoria colectiva.

Desapareció del mundo,
de la superficie,
de la vida.

Sen, que nunca daba
las cosas por perdidas,
que es la única que recuerda.

Sen ya no sufría.



Siete.

En el fondo.

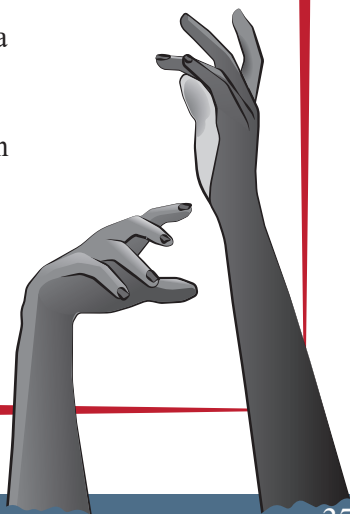
*Au fond de la Seine,
il y a cela...*

El día que fue olvidaba,
nadaba en un mar de desconcierto.
Y allí, en la inmensidad,
solo había paz.

El día que fue olvidada llevaba
días desaparecida y meses perdida
en una metafórica calma que todavía
tardó horas en volverse real.

En una metafórica calma
que no se asentó
hasta que no se apagaron
-las alarmas-.

Y allí, en la inmensidad,
solo había paz.



Y no tenía frío.

Ni hambre, ni ansias,
ni nervios, ni tensión,
ni hastío, ni miedo.

Sen, no.

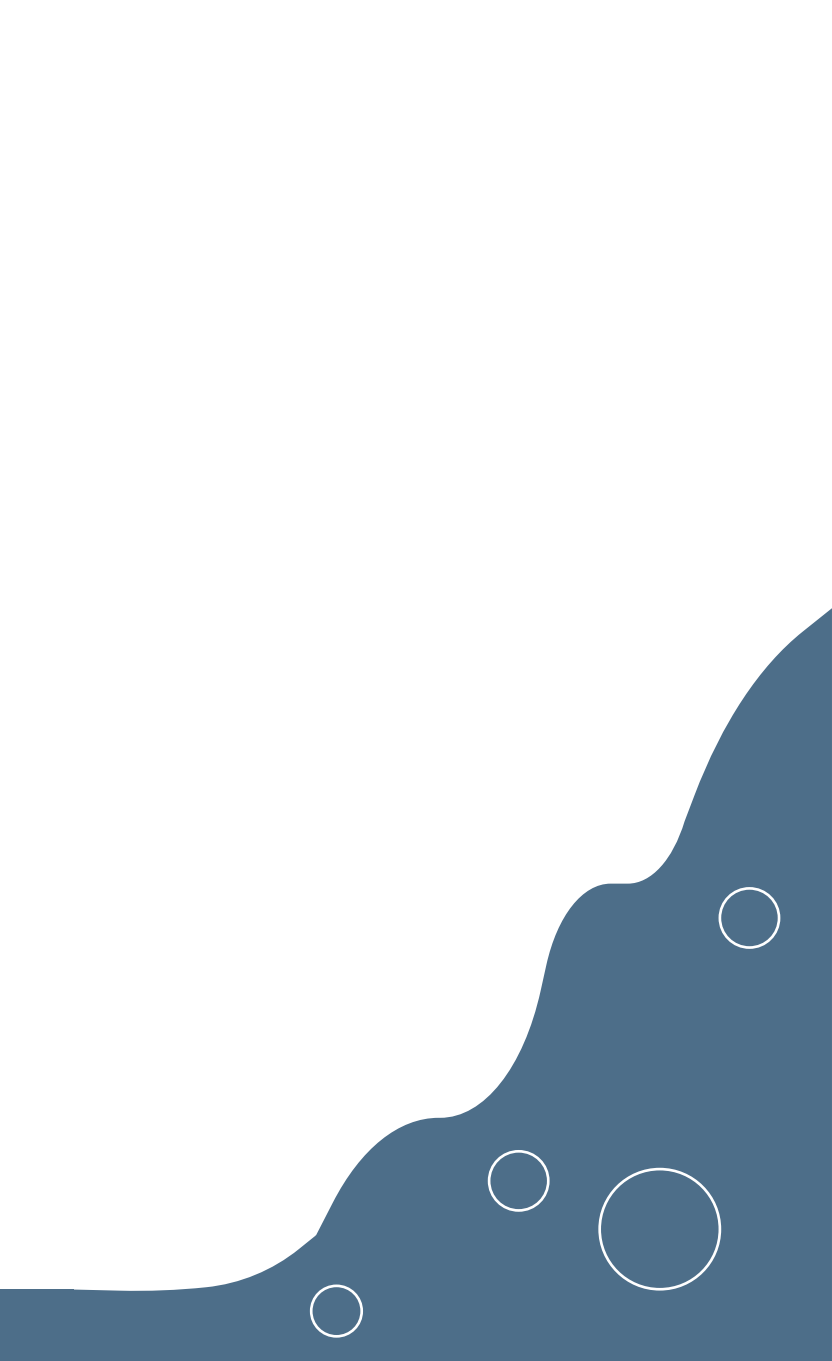
Sen, que no tenía ni sueños,
ni techo, ni dioses,
ni creencias
-con manos pequeñas-.

Sen, ya no.

Ya no tenía nada,
Pero ahora, por fin, flotaba.

Sin más dolor.





Despedida.

Despedida.

Y, al final,
únicamente lloró por Sen el río.

Agradecimientos

Esto que tienes entre tus manos no es un libro de verdad. Esto que tienes entre tus manos es el final de un cuatrimestre en un mundo autodestructivo, a manos de una estudiante que -también- tiene miedo de que la olviden.

Esto que tienes entre tus manos para ti es un trabajo, o un poemario, o un cuento ilustrado, o algo que tienes que evaluar.

Esto es, para mí, un recordatorio de que siempre habrá alguien, como Sen, que recuerda.

Gracias por no echarme de casa mientras me desesperaba editando este libro. Gracias por ayudarme a revisarlo.

Gracias por este libro.

Pero, sobre todo, gracias por animarme a escribir. Soy quien soy porque vosotros seguís ahí.

Complainte de la Seine.

COMPLAINTE DE LA SEINE

Au fond de la Seine, il y a de l'or,
Des bateaux rouillés, des bijoux, des armes...

Au fond de la Seine, il y a des morts...
Au fond de la Seine, il y a des larmes...

Au fond de la Seine, il y a des fleurs;
De vase et de boue, elles sont nourries...

Au fond de la Seine, il y a des coeurs
Qui souffriront trop pour vivre la vie...

Et puis des cailloux et des bêtes grises...
L'âme des égouts soufflant des poisons...

Les anneaux jetés par des incomprises,
Des pieds qu'une hélice a coupés du tronc...

Et les fruits maudits des ventres stériles,
Les blancs avortés que nul n'aima...
Les vomissements de la grand'ville...
Au fond de la Seine, il y a cela...

O Seine clémente où vont les cadavres,
O lit dont les draps sont faits de limon,
Fleuv' des déchets, sans fanal, ni hâvre
Chanteuse berçant, la morgue et les ponts,

Accueil' le pauvre, accueil' la femme,
Accueil' l'ivrogne, accueil' le fou,
Mêle leurs sanglots au bruit de tes lames,
Et porte leurs coeurs, parmi les cailloux...

Au fond de la Seine, il y a de l'or
Des bateaux rouillés, des bijoux, des armes...

Au fond de la Seine, il y a des morts...
Au fond de la Seine, il y a des larmes...

Maurice Pierre J.J. Magre,
Kurt Weill

